

Presentación

En este número de TK hemos pretendido hacer una reconstrucción parcial de tres historias que, a lo largo de los dos últimos siglos, corren paralelas, se entrecruzan, se alejan. Es la historia de tres fenómenos que nacen a la vez, que se exigen mutuamente y que con frecuencia, paradójicamente, se estorban entre sí. Nos referimos a la historia de la lectura pública en Navarra, a la historia del patrimonio bibliográfico navarro y, finalmente, a la historia de los profesionales que han gestionado ambas cosas. Para contar estas tres historias que muchas veces, como en el misterio de la trinidad, son verdaderamente una sola, hemos recurrido a un plantel de lujo donde se mezclan los historiadores y los bibliotecarios. A veces se producen fenómenos curiosos. Roberto San Martín, que en este número es quien más lejos se va a buscar los orígenes de una de estas historias, la de la lectura pública, es, en su calidad de coordinador del proyecto de catálogo colectivo, uno de los últimos protagonistas de la otra, la del patrimonio bibliográfico. María Luz Oyarbide nos cuenta la historia de la biblioteca pública de Alsasua, donde trabaja desde hace años, y termina por colarse ella misma en su propio artículo como último eslabón de una ya larga cadena de bibliotecarios. Isabel Ostolaza es, de todos los que colaboran en este número, la que de forma más explícita se centra en una sola de estas tres historias: la del patrimonio bibliográfico navarro. Su artículo, junto con el de Juan José Martinena, director del Archivo General de Navarra, son una buena guía para quienes quieran seguir la pista de los fondos desamortizados. Los artículos de Javier Ema y de Reyes Berruezo dejan constancia de que las bibliotecas públicas no viven en el limbo ni su creación obedece siempre a motivos filantrópicos: se han utilizado como vehículo de determinadas ideas, y en su seno se han librado serias batallas ideológicas. La censura sistemática y la depuración de las bibliotecas que describe la profesora Berruezo es una de nuestras grandes aportaciones a la historia universal de la infamia. También José Ignacio Etchegaray, de la biblioteca de Tafalla, se centra en su artículo en una sola de las tres historias, la de los bibliotecarios, y se va a un capítulo que, quizá, visto desde la actualidad, no pase de anecdótico, pero que en su momento tuvo su importancia. Vuelve a visitar, un cuarto de siglo después, el Congreso que ANABA celebró en Pamplona y aprovecha para reflexionar sobre algunos cambios llamativos que, dentro de la profesión, se han producido en los últimos veinticinco años. Por su parte, Ignacio Panizo, un joven investigador que está haciendo su tesis sobre la historia de las bibliotecas públicas navarras y es, por tanto, uno de los que mejor la conoce, ha optado en esta ocasión por no alejarse mucho en el tiempo, y nos cuenta algunos hitos de una polémica que venimos arrastrando en Navarra desde hace demasiado tiempo: la generada en torno a la ubicación de la nueva Biblioteca General.

Pero donde este número de TK se hace de verdad polémico y también apasionante es en la segunda parte, cuando cedemos la palabra a los auténticos protagonistas de la gestión de la lectura pública y del patrimonio bibliográfico durante los últimos sesenta años. La historia de la Biblioteca General, tal y como la conocemos hoy en día, arranca al final de la Guerra Civil,

y la historia de la Red de Bibliotecas Públicas da comienzo una década más tarde. Jaime del Burgo Torres está en el origen de todo este movimiento. A principio de los años cuarenta, Del Burgo fue a Barcelona a formarse y, curiosamente, en un extraño juego de correspondencias, quién le enseñó el oficio fue Pedro Arellano Sada, un bibliotecario navarro de Ablitas, que era, a la sazón, subdirector de la Biblioteca de Cataluña. Todo esto nos lo cuenta Jaime del Burgo en un artículo emotivo que, a sus ochenta y seis años, ha escrito con mucho esfuerzo para este número de TK. Del Burgo, *alma mater* indiscutible durante cuarenta años tanto de la Biblioteca General como de la Red de Bibliotecas, confió a mediados de los años setenta la responsabilidad de coordinar la Red de Bibliotecas a Lorenzo Otazu, y, algunos años después, fue Javier Itúrbide quien le sucedió en esta tarea. Ambos nos dan en este número de TK su interpretación de cómo se produjo aquella particular transición. A partir de ahí, se han ido sucediendo con más o menos brevedad otros nombres: María Concepción Vidaurre, que también colabora en este número con un artículo donde repasa su gestión, fue coordinadora de la Red de Bibliotecas durante los años 1988-1991. Tras ella, de nuevo Lorenzo Otazu compatibilizó la dirección de la Biblioteca General con la coordinación de la Red de Bibliotecas. Y, en los últimos tres años, Asun Maestro ha asumido la coordinación de la Red, y Juan Francisco Elizari, la dirección de la General. Tenemos, pues, el enorme privilegio de contar para este número de TK con la colaboración de todas las personas que han gestionado la Red desde su creación. En esta segunda parte se mezclan, en una combinación, a nuestro juicio, llena de encanto, la historia y la memoria. Tiene el mérito indudable de que se trata de documentos de primera mano e inéditos que, sin duda, ayudarán a los historiadores del futuro. Tiene también peligros. Uno, evidente, es la falta de perspectiva. Otro, que la memoria de los protagonistas siempre es selectiva. Nos están contando, además, una historia que muchos ya creíamos conocer. Todavía, para bien y para mal, nos alimentamos de los frutos que ellas sembraron. Todavía estamos en algunos aspectos viviendo de las rentas de una fortuna que ellos generaron. Pero no es menos cierto que también, a veces, estamos pagando sus errores. En la intención de quienes hemos preparado este número no estaba la de justificar nada ni la de enjuiciar a nadie. Si nos interesamos por la historia de las bibliotecas, es sólo para comprender el pasado, para entender cómo hemos llegado hasta aquí y para asumir con más lucidez nuestra responsabilidad en el presente. Como decía Agnes Heller, ni el pasado ni el futuro es responsabilidad nuestra, pero sí el presente; sólo con el presente tenemos un compromiso insoslayable.

La tercera parte la constituyen tres aproximaciones a las tres bibliotecas universitarias de nuestra comunidad. Juana Iturralde visitó la nueva biblioteca de la Universidad de Navarra, en vísperas de su inauguración, acompañada de José María Torres, su director. De aquella visita procede en gran parte el artículo que aquí publicamos sobre este espléndido edificio que alberga una colección de casi un millón de volúmenes. Iñaki Urutxurtu bibliotecario de la Universidad Pública de Navarra, en un artículo escrito íntegramente en euskera, hace un estudio de la edición de libros científicos y de conocimiento en euskera partiendo de los fondos existentes en las bibliotecas universitarias del País Vasco y Navarra. Por último, Beatriz Cejudo hace un análisis de la biblioteca del Centro Asociado de la UNED en Pamplona, entendida como un vehículo de animación socio-cultural.

En la sección de Entresijos, además de otras noticias breves, contamos con la colaboración de dos bibliotecarias —Ana Ugarte (de Zizur Mayor) y Sonia López (de Elizondo)— que nos cuentan su experiencia sindical.

La última página la hemos reservado para la poetisa Marina Aoiz. Desde que tuvimos ocasión de leer un hermosísimo texto suyo sobre Hipatia publicado en la revista tafallesa *Sombras y luces*, pensamos que queríamos tenerla entre nosotros, y aquí está. Para cerrar este número de **TK**, nos ha enviado un texto con un título enigmático, como de película del viejo John Ford: *Los cuatro tesoros*. Todos los números anteriores de nuestra revista los cerrábamos, por utilizar un tópico, con un broche de oro; el broche de este número es más variado: tiene diamantes, esmeraldas, rubíes y zafiros. Que lo disfruten.